

Capítulo 1

Daniel recorría la casa impulsado por una inquietud que no le permitía descanso. Revolviendo en uno de los armarios encontró una caja de cartón que contenía sus antiguos cómics de Mortadelo y Filemón, sabía que si hurgaba un poco hacia el fondo hallaría también los de Zipi y Zape. Le vinieron a la mente momentos mejores en su vida, añoró la presencia de su madre, las firmes caricias y sabios consejos de su abuelo, así como la mágica naturaleza que envolvía un pueblo al que casi no regresaban. Ya nunca leía tebeos, desde hacía mucho elegía volúmenes de mayor complejidad de entre los que descansaban en las baldas de las estanterías que poblaban gran parte de las habitaciones. Era muy difícil verlo sin un libro entre las manos; o al menos cerca de él, sobre un banco del parque; o dentro de su inseparable mochila. Dani tenía un problema en la vista, su enfermedad era muy parecida al daltonismo; sin embargo, su disfunción visual en lo relativo a los colores era caprichosa y arbitraria. Algunos días se levantaba y descubría que el cielo lucía un color rosa chillón; en cambio, a la mañana siguiente sus aleatorios ojos veían que la cúpula celeste se había teñido de un brillante amarillo fosforescente. Lejos de representar una dificultad para él, la cuestión le parecía sumamente divertida. Nunca se cansaba de las cosas, ya que siempre las veía de forma distinta. Cada mirada representaba para él una nueva y divertida sorpresa.

Tenía dos mascotas tan importantes y queridas como sus amigos. Estaba completamente seguro de que comprendían lo que les decía, e incluso algunas veces temía que pudiesen leer sus pensa-

mientos, o que de un momento a otro comenzasen a hablarle. Tristán era un can de raza Bloodhound, el animalito se había encariñado con el muchacho y había comenzado a acompañarlo al instituto cada mañana, al principio se mantenía a una distancia prudencial, pero poco a poco fue tomando confianza al percibir que a Daniel no le importaba su presencia. Tenía un tono de piel crema leonino —aunque él no lo veía todos los días del mismo color—, unas grandes orejas lacias y unos ojos profundos y tristes.

Este tipo de perro es muy tranquilo y obediente, además de muy poco ladrador. Es el perro de rastreo de mayor tamaño. Su expresión es siempre melancólica debido a sus pliegues faciales. Suele llevar enhiesta su larga y afilada cola —leyó en la pantalla de su ordenador—, Dani se interesó también por su procedencia y origen, descubrió que algunos investigadores aseguran que fue introducido en Europa por los caballeros que regresaban de las Cruzadas en Extremo Oriente. Ya en el continente europeo, se encargaron de su crianza los monjes de la abadía de San Huberto en las Ardenas belgas, de donde heredó su nombre. Guillermo el Conquistador lo introdujo en Inglaterra, allí se popularizó hasta el punto de que los británicos reclamaron el origen de la raza.

Documentándose sobre el animal que había conocido, recordó una clase en la que su profesor de Historia les había hablado de las Cruzadas. Como tenía la enciclopedia digital abierta, y era un muchacho con unas inquietudes intelectuales extraordinarias, solo tuvo que teclear para encontrar datos muy interesantes sobre aquella palabra que no le dejaba de resonar en la cabeza con distintos ecos: *cruzadas*, se repetía una y otra vez, tanto, que el término dejó de tener sentido. Le vinieron a la mente las palabras cruzadas; a su padre le encantaban los crucigramas, siempre resolvía el del periódico de los domingos tomando café en el salón. Recordó que solía preguntarle a su madre algunas de las palabras mientras leía la definición en voz alta:

—Con ocho letras. Campañas militares impulsadas por el papado para restablecer el control cristiano sobre Tierra Santa.

—Cruzadas —respondió ella, aquel día soleado de fin de semana.

Siempre conocía la solución, a las definiciones, y a todos los aspectos de la vida. Daniel solía decir que su madre los había dejado perdidos, sin rumbo y sin respuestas; a él y a su padre.

Una mañana encontró al animalito acostado en el jardín delantero de la casa, tenía muestras de violencia, pero las heridas no parecían obra de otro animal, el muchacho sospechó que podría tratarse de la gracia de alguna banda de jóvenes desalmados; ya los había visto actuar por el barrio atacando a gatos, pájaros y todo lo que se les ponía al alcance. Entró en la casa de nuevo para sacar el botiquín con útiles para curarlo: desinfectante, gasas y agua para limpiarle la sangre. Aquel día no acudió a clase, sabía que su padre se iba a enfadar mucho con él pero no podía dejar a Tristán —pensó que sería un buen nombre— en aquellas condiciones. Salíó un momento a la ferretería y compró todo lo necesario para construirle una casita de madera en el jardín trasero de la vivienda. Después pasó las horas muy ocupado mientras la mascota lo miraba con atentos ojos.

La conversación con su padre no fue nada fácil, tuvo que confesarle que se había saltado las clases y que pensaba quedarse con Tristán. Su padre pareció molesto durante unos minutos, le reprochó que no hubiese contado con él para una decisión tan importante, y le advirtió que dos mascotas supondrían mucho trabajo, pero que él sabría lo que hacía.

Dani se puso muy contento, sabía que su padre era una persona comprensiva, que tenía razón; pero que era inevitable proteger al animal, tenía la certeza de que si aquellos gamberros se volvían a

cruzar en su camino, la vida de Tristón correría un serio peligro.

Capítulo 2

La otra mascota a la que hacía referencia su padre era el gato, Don Gato, así lo había bautizado su abuelo —a quien había pertenecido con anterioridad—. Daniel se lo había regalado uno de aquellos cálidos veranos en los que disfrutar de la vida era tan fácil como regresar al pueblo. Un animal muy obediente y cariñoso. Por desgracia, el anciano había muerto a los pocos meses. La historia del animalito también era muy triste: abandonaba todos los días la casa familiar para internarse en el cementerio, donde pasaba horas y horas tumbado sobre la lápida de su difunto dueño. Daniel no tuvo más remedio que llevarlo consigo, en la ciudad le serían imposibles aquellas escapadas, y finalmente terminaría por olvidar a su anciano dueño; de todas formas, cada vez que regresaban al pueblo de su infancia, lo primero que hacían era llevarle flores a su querido abuelo. Entonces el gato se tumbaba sobre la lápida y apoyaba la cabeza de forma que parecía estar escuchando lo que le decía el abuelo desde el más allá.

Era un precioso gato Ragdoll —muñeca de trapo en inglés—, el animal era muy dócil y tierno, estaba dotado de una gran inteligencia. Su abundante pelo era de color crema claro, salvo en las orejas y las patas, teñidas de un marrón más oscuro, alrededor de los ojos lucía una mancha que semejaba un antifaz.

Don y Tristán se soportaban, aunque no se podría decir que se llevaban bien. Don sentía celos cuando Daniel se mostraba cariñoso con el perro; en cambio, Tristán era más comprensivo, aunque no soportaba que el gato tuviese tantas tonterías y estuviese tan consentido, de tal modo que cuando se enfadaba soltaba un tre-